



Carlos Fariñas Cantero

FARIÑAS

Usaba yo una analogía para explicar a unos amigos no recuerdo qué. Les decía: “Es como si ahora nos dijeran de repente que la Tierra no es redonda”, cuando una voz a mi espalda replicó: “La Tierra no es redonda. La Tierra es como un pedrusco irregular que la atmósfera hace parecer redonda”, y se quedó entre nosotros, Carlos Fariñas, disertando sobre los astros. Ahora pienso en la suerte de haber sido joven en su órbita, de haber conocido y tratado durante años a quien era ya entonces paradigma de la cultura cubana.

Más allá de su labor vasta como compositor, Fariñas fue vórtice de la vida artística y la enseñanza de la música en Cuba durante la segunda mitad del siglo XX.

Hombre de visión y voluntad ciclónica, fundó y dirigió instituciones académicas, creó cátedras, organizó festivales, revitalizó los planes de estudios de la enseñanza musical, rescató importantísimas partituras olvidadas, organizó ciclos de conciertos y conferencias para actualizar el panorama musical cubano, extendió su saber a las masas a través de ciclos didácticos de apreciación musical, publicó ensayos abarcadores sobre la teoría y la historia de la música, propició la creación de instituciones sinfónicas y de cámara, lanzó la carrera de jóvenes intérpretes que devendrían grandes músicos, formó jóvenes que devendrían importantes compositores, impartió cursos en universidades europeas y de norteamérica... en fin, lo tocó casi todo y casi todo lo convirtió en oro.

Nuestro primer encuentro fue en 1986. Desde niño había oído su nombre en boca de mis profesores de música, quienes se referían a él de tal modo que yo lo tenía en el mismo panteón que Bach, Beethoven, Stravinsky y Roldán. Poco después de cumplir 16 años, mi Maestro César López me entregó una partitura casi ilegible de una obra para piano recién compuesta: *Altagracia* de Carlos Fariñas. Me la hizo aprender, la trabajamos, y un buen día me dijo que la tocaría ante el compositor para que este me diera algunos consejos sobre la interpretación. En ese momento me dí cuenta que Fariñas era una persona, alguien real, vivo, de carne y hueso, que caminaba, que se vestía... Se me quiso salir el corazón del pecho.

Llegó el día y fuimos a encontrarnos al Instituto Superior de Arte. Apareció frente a nosotros presuroso, desenfadado, y sin preámbulo ni protocolo nos pusimos a trabajar. Fue directo, conciso, sin metáforas ni digresiones, siempre al grano. Y comprendí que así como era el hombre, era su música.

La música de Fariñas es natural. Ahí está su fuerza, su poder de fascinación y acaso su victoria ante el Tiempo.

Toda su erudición, su dominio técnico, su conocimiento de estilos, de conceptos, no perturban nunca esa cualidad de naturalidad en su música. Fariñas usa su meticuloso sentido del oficio para que esta siempre fluya, siempre se comprenda, siempre se goce, siempre nos conmueva. Por eso tenemos la impresión de que lo que compone es fácil, que ha sido logrado sin esfuerzo. He ahí un milagro. Cuán milagroso es organizar calculadamente el discurso musical y transmitirlo como una ocurrencia espontánea. A qué nivel de sabiduría hay que arribar para que toda la historia, las técnicas, las influencias, todo el saber acumulado por lo años no afloren en la obra sino como naturaleza que emana.

La música de Fariñas es natural y como es natural es franca y todo lo que quiere expresar, lo percibe el oyente de manera diáfana. Lo que nos transmite nos toca sin artificios, sin ostentación, sin excesos. Desde una íntima pieza para guitarra hasta su música sinfónica estamos siempre en presencia de un acto cordial que abrazamos con facilidad, que comprendemos de la primera ojeada y en el que creemos.

La música de Fariñas es franca y como es franca es cubana. ¡Y qué suerte que aplicara su genio a lo cubano! Su cubanía organizada y pulcra. Criolla. Atrevida, aunque lunar acaso, más que solar. Más Amelia que Wifredo pero más Guillén, menos Lezama. No tan Porro, como Romáñach. Más guitarra que tambor: Vitrales, bongó y el olor del campo, siempre el olor del campo.

Qué suerte que nos llegara a los pianistas los exquisitos *Sones sencillos*, ese magistral compendio musical de cubanía, ese tratado de integración y síntesis; La colosal *Altagracia*, de pianísimo desbordado, obra capital de la pianística cubana. Las íntimas *Trinitaria* y *Habanera* enraizadas en la tradición casi doméstica de Cervantes. Obras todas a las que vuelven una y otra vez los pianistas, generación tras generación. Obras que he tocado y seguiré tocando con el mismo placer.

La última vez que hablamos yo andaba por los 30 y él a meses de la muerte. Quería grabar los *Sones sencillos* y lo llamé desde Aruba para pedir su permiso. Me dijo: “A mi no tienes que pagarme absolutamente nada. Para mi es un honor que seas tú quien los grabe. Hasta donde yo se, nadie los ha grabado todos.” Esa fue su última lección. De eso hace más de 15 años, sin embargo cada vez que lo recuerdo se me anuda la garganta y el corazón se me oprime... y Fariñas se me agranda un poco más.